

DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, EXIGENCIA DE LA FE

Alejandro Goic K.*

Desde hace años, estas Semanas Sociales han constituido un importante momento de encuentro y estudio, de reflexión común y divulgación de la enseñanza social de la Iglesia; al mismo tiempo de ser un necesario espacio de diálogo sobre los problemas de nuestra sociedad que desafían la fidelidad y creatividad del Pueblo de Dios que peregrina en esta historia.

Detrás del conjunto de temas que en estas Semanas Sociales son tocados - como son la sagrada dignidad de la persona humana, las exigencias del bien común y de la solidaridad, las justas reivindicaciones de los pobres, la dignidad del trabajo, el quehacer político, etc... y, últimamente, los desafíos que nos pone delante la crisis ecológica- subyace una realidad que es el objeto específico de la reflexión que comparto esta tarde con ustedes, me refiero al hecho que la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) es para el discípulo de Jesucristo una exigencia de su misma fe; es decir, que *la práctica eclesial de la fe posee, estructuralmente, una dimensión social.*

A lo largo de sus veinte siglos, la Iglesia ha vivido y afirmado -de diversos modos y con diversas intensidades- esta intrínseca dimensión social de la fe, dimensión que se funda en la unidad establecida por Jesucristo entre el amor al prójimo y el amor a Dios (cf Mt 22, 36-40). Unidad que en la conocida escena imaginaria del juicio final (cf Mt 25, 31-46) es el criterio de verificación del efectivo reconocimiento de Dios. "Tuve hambre y me diste de comer...": en este pasaje se condensa el núcleo de la enseñanza moral y religiosa de Jesús.

Al referirnos a la intrínseca dimensión social que posee la fe cristiana estamos, pues, ante uno de los elementos que constituyen el núcleo de nuestra identidad de creyentes. Siempre nos será necesario volver, una y otra vez, a la raíz evangélica de todo nuestro quehacer social: allí somos configurados en nuestra identidad.

Consideramos que la afirmación -por el ejemplo y la palabra de la relevancia

* Obispo auxiliar de Talca. Ponencia leída en la XX Semana Social de Chile. Chileno.

de lo social y sus exigencias de justicia y solidaridad es un aporte necesario de los cristianos ante el momento actual de la sociedad y la cultura, la cual en muchos de sus niveles creadores de opinión y generadores de prácticas vive -aquello que llaman- el tránsito de la compleja modernidad a la liviandad de lo postmoderno: el retorno narcisista al individuo, la búsqueda de un esteticismo fugaz, la relativización de todo criterio trascendente, el refugio de un intimismo hedonista; todo esto, ante la miseria creciente de los pobres y marginados, para los cuales no hay ni modernidad ni postmodernidad, sino elemental lucha por la vida. Pareciera que en el momento actual de la sociedad y la cultura, las causas sociales tienen muy poca cabida. Esta situación me trae a la memoria la imagen de Nerón tocando la lira durante el incendio de Roma.

Más complejo aún se torna el desafío al considerar la crisis de la ideologías y, particularmente, la crisis de los llamados *socialismos reales*, pues el afortunado desenmascaramiento del totalitarismo -y de todas sus secuelas de injusticia y opresión- que sustentaba tales proyectos sociales, tiende a hacer poco creíble y sin fuerza movilizadora la tarea de la justicia social, en la medida que tales proyectos intentaron levantar la bandera de la justicia social como sus únicos y auténticos portadores. El fracaso de tales proyectos históricos tiende a parecer para muchos como el fracaso de todo ideario de justicia social, no quedando más remedio que someterse a las universales y totalitarias -también- leyes del mercado; así, todo parece disolverse en la lucha por una solución individual, y los pobres quedan abandonados a sus propias fuerzas ya diezmadas por la lucha de la sobrevivencia cotidiana.

Aún a riesgo de parecer exagerado, me atrevería a afirmar -en un juicio que requeriría de varios matices y precisiones- que si en otros momentos de la historia el movimiento de la sociedad y la cultura nos empujó a los cristianos a profundizar en la dimensión social de nuestra confesión de fe, hoy día somos -entre otros- los cristianos los que estamos llamados a poner la "cuestión social" en el centro de nuestra sociedad y su cultura.

De este modo, nuestra reflexión es una invitación a profundizar en nuestra identidad de creyentes en Jesucristo, a quien creemos en el corazón y a quien queremos testimoniar con nuestra palabra y acción, y es una invitación a actuar proféticamente, sintiendo la injusta pobreza de los pobres, en el corazón de nuestras sociedad y cultura. Queremos, pues, acoger con fidelidad y creatividad la invitación que hace cien años nos hacía el Papa León XIII en la primera encíclica social -la *Rerum Novarum*- cuando concluye su llamado de justicia diciendo:

Cada uno haga la parte que le corresponde y no tenga dudas, porque el retraso podría hacer más difícil el cuidado de un mal ya tan grave (...) Por lo que se refiere a la Iglesia, nunca ni bajo ningún aspecto ella regateará su esfuerzo (n. 41).

1. LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y SUS FUENTES

Una opinión bastante frecuente, aún entre cristianos, es aquella que considera la DSI como un conjunto de documentos de la Iglesia, especialmente encíclicas de los Papas, que se refieren a diversos temas sociales; conjunto de documentos que tiene su primera expresión en 1891, con la encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII.

Tras este modo de presentar las cosas subyace la representación -no siempre inocente- de la DSI como una creación del magisterio a fines del siglo pasado, y que desde entonces ha venido desarrollándose -según algunos- conforme a una indebida intervención eclesial en "asuntos de este mundo", o -según otros- conforme a la nostalgia de poder temporal por parte de la Iglesia. Pareciera que este modo polémico de mirar la DSI tiene poca relevancia en la actualidad; sin embargo, queda en pie la necesidad de una adecuada comprensión de lo que llamamos DSI, de su pertinencia y normatividad en la vida del creyente, más allá del mero conocimiento de un cuerpo documentario -lo cual la reducirá a un tema de especialistas-: tal tarea excede con mucho los límites de esta reflexión, de manera que me limitaré a recoger y señalar sintéticamente algunos puntos fundamentales.

- a) Cuando hablamos de DSI, nos referimos a un *conjunto de enseñanzas que posee y entrega la Iglesia sobre materias de orden social*. No hay enseñanza cristiana, que sea tal, que no tenga su fuente en la Sagrada Escritura y en la Tradición: este es el horizonte en que es preciso situar y comprender la enseñanza social de la Iglesia.
- b) Siendo la Sagrada Escritura el punto de arranque de una ética social cristiana, es preciso considerar que *entre el testimonio bíblico y nosotros hay una larga historia de intervenciones de la Iglesia sobre materias de orden social*: los testimonios de la Padres de la Iglesia en los primeros siglos, las predicaciones de los pastores, el ejemplo de los santos, una gran cantidad de resoluciones sinodales y conciliares, reflexiones de los moralistas, intervenciones de los Papas en encíclicas u otros documentos, e intervenciones episcopales, sean a nivel continental, como las Conferencias de Medellín y Puebla, sean a nivel nacional, a través de los diversos documentos de nuestra Conferencia Episcopal.
- c) A lo largo de este proceso que atraviesa la historia de la Iglesia, desde sus orígenes, ha ido madurando un cuerpo de enseñanzas sociales, el cual *tiene un momento importantísimo hace cien años, con la aparición de la encíclica Rerum Novarum*, iniciándose así una formulación más sistemática de la enseñanza social de la Iglesia o DSI.

- d) *El magisterio de la Iglesia al presentar la DSI, no hace otra cosa que intentar cumplir con su misión de anunciar la Palabra de Dios, entregándola a la conciencia de todos los creyentes y proponiéndola a todos los hombres de buena voluntad. Se trata, pues, de un servicio del magisterio a la Palabra de Dios que le ha sido confiada y, por tanto, a la cual él mismo está sometido (cf. DV 10).*
- e) *La DSI no constituye, así, un todo definitivo y acabado, de una vez para siempre, sino que en continuidad con sus raíces en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, continúa su proceso de elaboración y sistematización ante "las cosas nuevas" de cada tiempo, pues, en palabras del Concilio Vaticano II, "es deber de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio" (GS 4).*
- f) *La DSI en su proceso de sistematización, intenta tocar hondamente la inteligencia y el corazón de todos los creyentes, desde las raíces mismas de la experiencia de la fe y herencia espiritual del Pueblo de Dios, y nunca como un añadido posterior a la fe que pudiera resultar optativo para el creyente. Así, la DSI tiene la tarea permanente de hacerse creíble desde la misma vida de la Iglesia, so pena de quedar reducida a unas afirmaciones de principios -por muy importantes que sean- pero que son irrelevantes en la historia de la comunidad humana a causa de que la propia Iglesia los hace irrelevantes en su vida. La comunidad evangelizadora sólo puede ser tal en la medida que ella vive sometida -en primer lugar- al mensaje que anuncia y a su dinámica de conversión; una Iglesia que permanentemente se deja evangelizar, evangeliza, y en esa misma medida es capaz de proclamar que sin la práctica de la DSI la evangelización no está completa.*
- g) *En definitiva, la DSI que nos llega en la enseñanza del magisterio no es otra cosa que la sistematización doctrinal de las prácticas sociales que en la experiencia y herencia del pueblo de Dios aparecen como indisociables de la confesión de Jesucristo como nuestro único Señor y único Maestro.*

2. NUESTRA EXPERIENCIA DE FE

A la luz de lo dicho, se impone dirigir nuestra mirada hacia aquello que es fundamental en nuestra experiencia de fe, es decir, hacia Dios revelado en Jesucristo, el iniciador y consumidor de la fe (cf. Heb 12, 2), para percibir el fundamento último y permanente de toda nuestra práctica social de cristianos.

El acontecimiento decisivo y salvador en nuestras vidas es la gratuita intervención del Espíritu que nos conduce a experimentar la paternidad de Dios trascendente y creador en la persona de Jesús de Nazaret, el Enviado del Padre. En virtud de este don, nos unimos a la actitud agradecida y a la oración confiada de San Pablo cuando afirma:

por eso doblo mis rodillas ante el Padre, a quien debe su existencia toda la familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que sedáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los creyentes cuál es la hechura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que superó todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios (Ef 3, 14-19).

Estas palabras del apóstol Pablo nos ofrecen una síntesis agradecida y orante del designio de Dios en que somos introducidos por la fe. Se trata del reconocimiento del Dios trascendente y creador, ante quien la creatura agradecida dobla sus rodillas, pero no en el servilismo del esclavo, sino en la respuesta de amor del hijo ante su Padre por la habitación de Jesucristo -el Hijo- en el corazón de cada creyente; esta es la acción del Espíritu que nos edifica interiormente y nos introduce en el despliegue del designio de Dios en esta historia, en toda su extensión, de modo que conociendo el amor manifestado en Jesucristo, conozcamos nuestro mundo como mundo de Dios y seamos sus colaboradores (cf. 1 Cor 3, 9) en una obra que no está cerrada sobre sí misma ni acabada, sino en camino a una plenitud que "ni ojo vió ni oído escuchó" (1 Cor 2, 9), cuando "Dios sea todo en todo" (1 Cor 15, 28).

Nuestra experiencia de fe en Jesucristo nos introduce en el misterio de la comunión divina, en el cual la clave viene dada por la *relación* de las Personas, y nos pone en *relación* unos con otros y con la naturaleza como colaboradores en camino a la plenitud de toda relación: hasta que Dios sea todo en todo.

En la fe, conocemos y habitamos nuestro mundo como mundo amado de Dios, y peregrinos hacia la tierra nueva y cielo nuevo que Dios nos quiere dar, *colaboramos en su designio construyendo relaciones en nuestra historia que den testimonio del Espíritu que nos habita* y que está conduciendo nuestra historia hacia su plenitud. De este modo, como afirma el Concilio Vaticano II,

la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo (GS 39).

La confesión de fe cristiana es, pues, tan radicalmente social como escatológica. Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptor Hominis* ha expresado claramente esta tensión al señalar que

la Iglesia, que está animada por la fe escatológica, considera esta solicitud por el hombre, por su humanidad por el futuro de los hombres sobre la tierra y, consiguientemente, también por la orientación de todo el desarrollo y del

progreso, como un elemento esencial de su misión, indisolublemente unido con ella. Y encuentra el principio de esta solicitud en Jesucristo mismo, como atestiguan los Evangelios (n. 15).

En esta perspectiva, situados en el único designio creador y salvador de Dios, confesar nuestra fe significa, necesariamente tomar en cuenta las condiciones concretas de la vida de los hombres y sus relaciones, y la condición y relación elemental es que todo hombre tenga la posibilidad de ser verdaderamente hombre viviendo una vida verdaderamente humana, lo cual supone, a su vez, la organización de la vida colectiva en la justicia y en el respeto a la sagrada dignidad y libertad de la persona humana.

El designio universal de salvación nos es revelado a través del misterio de la encarnación del Hijo, que se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (cf. Heb 4, 15). El misterio de la encarnación significa que Dios asume salvíficamente, desde dentro, toda la trama de relaciones que constituyen la existencia humana y la historia de la misma humanidad: nada de aquello que pertenezca al hombre y su historia queda al margen del universal designio de salvación manifestado en Jesucristo, y en El, todo adquiere su real dimensión y significado, pues "todo tiene en El su consistencia" (Col 1, 17).

Esta impronta cristológica de toda la creación e historia humana es la que enseña el Concilio Vaticano II en un texto ampliamente citado por el magisterio posterior:

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (cf. Rom 5, 14), es decir, Cristo Jesús, nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (...). El que es imagen de Dios invisible (Col 1, 15), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también a nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (GS 22. Subrayado mío).

Al final de esta larga cita, en su encíclica *Redemptor Hominis*, Juan Pablo II exclama con entusiasmo: "El, el redentor del hombre!" (n. 8).

A la luz del misterio de la encarnación, confesar nuestra fe significa reconocer la sagrada dignidad de la persona humana, a cuya naturaleza se une el Verbo,

significa reconocer a cada persona como una página de la biografía de Jesucristo que se ha unido a todo hombre y a todo el hombre, destruyendo la inhumanidad del pecado; significa reconocer y asumir desde la fe el valor divino de todo lo humano, y que es la misma presencia escondida de Dios la que late en las aspiraciones, proyectos y acciones con que los hombres intentan contruir una vida más humana.

En este designio universal de salvación somos introducidos por el Espíritu Santo que forma en nosotros al hombre interior (cf. Ef 3, 16). En este Espíritu que ha sido derramado sobre toda carne (cf. Hech 2, 17) el que anima la historia de los hombres conduciéndola hacia la plenitud de Dios, y es el Espíritu que edifica la Iglesia (Cf. 1 Cor 3, 9; 1 Pe 2, 5) como "morada de Dios en el Espíritu" (Ef 2, 22), constituyéndonos en "colaboradores de Dios" (1 Cor 3, 9). La edificación de la Iglesia es en su llamada a ser testigo del destino de toda la humanidad como único Pueblo de Dios: un pueblo sacerdotal, es decir, que tiene pleno acceso a Dios en Jesucristo, y que vive de esa relación de acogida y respuesta a la iniciativa de Dios; un pueblo real, es decir, libre, liberado de toda opresión y que vive de una relación de amor.

Confesar nuestra fe desde la experiencia del Espíritu que ha sido derramado sobre toda carne, significa discernir la presencia operante del Espíritu en la historia de los hombres y colaborar allí con la obra que Dios está realizando; significa acoger el designio de Dios en medio de la rica y, a veces, complejamente ambigua historia humana, en todas sus dimensiones (sociales, familiares, políticas, económicas, laborales, artísticas, etc...); es allí donde está actuando Dios, el cual trabaja siempre (cf. Jn 5, 17). Significa no retroceder hacia seguridades paralizantes ni refugiarse en formulaciones abstractas ante la creciente complejidad de la historia, pues esa misma complejidad es la que es asumida en la tipología bíblica al presentar la plenitud final bajo la imagen de una ciudad: la Nueva Jerusalén (cf. Ap 21-22); la Biblia asume en las imágenes de su tipología la creciente complejidad de la historia, al presentarnos a esta como el proceso que va del sencillo ámbito rural del jardín del Edén hasta el intrincado entramado de la vida urbana en la imagen de la ciudad de la plenitud que Dios da a los hombres: la Nueva Jerusalén. La complejidad de la historia requiere de nuestra inteligencia y discernimiento espiritual para asumir las mediaciones -siempre necesarias y parciales- que nos permitan colaborar con el designio de Dios en la historia de los hombres.

Confesar nuestra fe en la experiencia del Espíritu, significa acoger a la Iglesia como don, y colaborar en su edificación como una verdadera comunidad de testigos en misión, en modo que los problemas que la interpelen como llamadas del Espíritu sean los del mundo por evangelizar en un proceso de liberación integral, y no permitir que se convierta en un grupo vuelto sobre sí mismo y sus propios problemas, de espaldas a su misión en el mundo.

Nuestra confesión de fe cristológica y trinitaria nos abre a un universo nuevo de relaciones: a la relación con Dios, que cualifica toda otra relación; a la relación con nosotros mismos, con los demás hombres, con los procesos de la historia, con el trabajo, con la naturaleza. El universo del creyente es un universo de relaciones; de ahí que la práctica eclesial de la fe posea, estructuralmente, una dimensión social, y ésta dimensión es uno de los ámbitos privilegiados en que el creyente acoge, vive y es llamado a testimoniar el don de la vida nueva en Jesucristo.

De aquí al hecho que la Iglesia formule su DSI sólo hay un paso, el cual es recorrido en el proceso histórico de la comunidad eclesial, la cual en un momento determinado -hace 100 años, con la *Rerum Novarum*- inicia la sistematización doctrinal a nivel magisterial de las consecuencias sociales que en la experiencia y herencia espiritual del Pueblo de Dios aparecen como indisolubles de su acción de fe.

Sin embargo, hay todavía un aspecto de nuestra confesión de fe en Jesucristo que cualifica y especifica toda la DSI, y que intencionalmente he dejado para el final -aunque bien podría haber estado al inicio- en modo de resaltar su originalidad y radical oposición con la lógica de este mundo.

En la experiencia de fe nos acogemos al amor de Dios manifestado en Jesucristo, "el cual siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin que os enriqueciera con su pobreza" (2 Cor 8, 9). El misterio de la encarnación es la revelación de Dios en el pobre; la condición de pobreza de Cristo forma parte del misterio de su humillación y anonadamiento. Esta identificación de Jesucristo como hombre pobre es la revelación del Mesías Pobre que desde los pobres (cf. Mt 25, 31ss) llama a solidarizarnos con Él.

La revelación del Mesías Pobre es una llamada a la libertad y responsabilidad de todos los hombres, pues en el pobre, Dios se presenta como el Dios Pobre y no como el Dios rico en favores. De allí nos invita a dar el paso de la fe en un Dios que dá, a la fe en un Dios que llama; de un Dios que soluciona a un Dios que responsabiliza; de un Dios que infantiliza a un Dios que cristifica.

El misterio de la encarnación y revelación del Mesías Pobre es una llamada a nuestra libertad frente al pobre que interpela a nuestra solidaridad, al amor, al servicio, a la justicia.

En esta dimensión de nuestra fe cristológica y las consecuencias que ella implica para nuestro universo de relaciones, es lo que la DSI ha asumido y formulado en las últimas décadas como *opción preferencial por los pobres*. Estamos, entonces, ante una opción teológica, no meramente sociológica, pues

la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre

y humilde, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo (LG 8. Subrayado mío).

Esta opción eclesial es por los pobres y contra la pobreza; por los pobres como "los primeros destinatarios de la misión (cf. Lc 4, 18-21) y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús" (DP 1142), y "el servicio a los pobres es la medida privilegiada aunque no excluyente de nuestro seguimiento de Cristo" (DP 1145). De esta manera, en palabras de Juan Pablo II,

La Iglesia en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a esas multitudes de pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad sin perder de vista al bien de los grupos en función del bien común (SRS 39).

Esta opción por los pobres, fundada en nuestra opción por Jesucristo, el Mesías Pobre, es la que sitúa toda la DSI como una llamada permanente a la conversión al designio de Dios que anuncia buenas noticias a los pobres (cf. Lc 4, 18) y quiere conducir a todos los hombres a su plenitud.

De esta manera, desde la injusta pobreza de los pobres, *desde aquellos que no pueden esperar,*

para la Iglesia -señala Juan Pablo II en su reciente encíclica Centesimus annus- el mensaje social del Evangelio no debe considerarse como una teoría, sino, por encima de todo, un fundamento y un estímulo para la acción. (...) Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna. (...) El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia (nn. 57 y 58).

3. DESAFIOS

Sin duda que el desafío permanente de la DSI, en cuanto enseñanza social de la Iglesia, es el de hacerse creíble desde la vida misma de la Iglesia. La DSI se manifestará como real camino a ser transitado por la comunidad humana sólo en la medida en que haya una comunidad eclesial que busca hacerla vida desde su experiencia de fe.

Si la DSI es una exigencia de nuestra fe, en cuanto enseñanza que sistematiza las consecuencias y práctica sociales implicadas en nuestra confesión de fe, significa que esa enseñanza interpela, en primer lugar, a la misma Iglesia, llamándola a conversión para ser testigo del designio de Dios.

En esta línea, quisiera plantear algunas preguntas que nos pueden ayudar en

este examen de conciencia, son preguntas que un hermano sacerdote proponía en una reflexión sobre la DSI y que nos enfrentan a nosotros mismos, y que no podemos eludir con respuestas evasivas o seguridades incuestionables:

- ¿Vive la Iglesia en su interior la DSI?;
- ¿Hay en ella auténtico respeto y promoción de la persona humana, vida de comunión y participación, búsqueda de bien común que es Cristo?;
- ¿Se ejerce en la Iglesia la autoridad tal como la DSI se lo pide a los que detentan poder en el mundo de la economía y de la política?;
- ¿Qué importa más de hecho en la Iglesia: Jesucristo o su propia institución?;
- ¿Cómo alimentamos en la Iglesia la vitalidad comunitaria?;
- ¿Participan en ella la mujer y el laicado en general?.

Concluía sus preguntas, este hermano sacerdote, afirmando que

*sobre todo en un punta la Iglesia debía ser pionera: en darle a los pobres, a los más empobrecidos de la sociedad, no sólo un lugar, sino un espacio de privilegio, donde su palabra y sus demandas resuenen, donde sus valores se irradian, donde su vida sea conocida y donde el evangelio pueda ser vivido por ellos como una buena noticia. Sólo así la DSI será parte integral del evangelio que proclamamos*¹.

Estamos conscientes que el primer medio de evangelización es nuestro testimonio de vida, pues

será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido en fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra: de santidad (EN 41).

El primer desafío que nos pone la DSI como exigencia de la fe, es nuestra propia conversión personal y comunitaria; sólo desde aquí será eficaz en la fe nuestra palabra y enseñanza. Al mismo tiempo, sólo desde aquí podremos acoger y discernir en el Espíritu los variados y complejos desafíos que el mundo pone a la Iglesia y a su enseñanza social.

No me detengo a tratar esos desafíos, sólo los enumero, pues ellos serán objeto del trabajo a realizar en esta Semana Social:

- a) En primer lugar, la injusta pobreza de los pobres que crece día a día ante la opulencia de un sector social minoritario y ante la creciente indiferencia de muchos hacia las causas sociales; la estadística -ya necesitada de actualiza-

1. C. LLONA, "Meditación libre sobre la Doctrina Social de la Iglesia", en *Teología y Esperanza* 6 (1990) 32.

ción- de los cinco millones de pobres en nuestro país, parece no sacudir nuestra conciencia colectiva;

- b) la urgente tarea de aunar voluntades, conocimientos y capacidades en la elaboración de una "economía de la solidaridad"; tarea que implica no la sustitución de la ciencia económica por la doctrina, sino la necesaria contribución al perfeccionamiento de la ciencia económica en su reencuentro con la filosofía moral, y transformarla de acuerdo a criterios evangélicos;
- c) la difícil y dramática situación de los jóvenes, especialmente aquellos de sectores poblacionales, que parecen no tener cabida en nuestra sociedad y van sumándose al ejército de cesantes con empleos ocasionales y, en muchos casos, configurando una cultura de la marginalidad;
- d) las graves dificultades que enfrenta la tarea de la reconciliación nacional, particularmente acrecentadas por las elementales demandas de justicia no resueltas;
- e) los complejos problemas que implica la crisis ecológica con sus exigencias de solidaridad con la especie humana, especialmente para aquellos sectores sociales y económicos más contaminantes y depredadores del hábitat de todos; exigencias de solidaridad que significan la elaboración de una "cultura ecológica", en la cual la relación del hombre con la naturaleza asuma el designio de Dios creador que confió el mundo al hombre "para que lo trabajase y lo cuidase" (Gn 2,15);
- f) la urgente tarea de animar y acompañar en una práctica transparente de "ese arte tan difícil y tan noble -que es la política" (GS 75); tarea en la cual no basta con "moralizar" la práctica de la política, sino su permanente transformación al servicio de una verdadera liberación integral.

En fin, estos y otros son los desafíos apremiantes que nuestro mundo pone a la Iglesia y su enseñanza social; de las reflexiones, diálogos y reuniones de estudio de esta Semana Social, esperamos los frutos de una mejor comprensión de los problemas, de las llamadas con que dichas situaciones sociales interpelan a nuestra conciencia y práctica de cristianos; esperamos poder acoger en nuestro ámbito local el patrimonio universal de la DSI y encontrar -con fidelidad y creatividad- nuevos estímulos y caminos para nuestra acción de colaboradores en el designio de Dios.

Concluamos, pues, esta reflexión, teniendo presente que es nuestra conversión personal y eclesial a la DSI -como respuesta desde la fe a las interpelaciones de nuestra sociedad, y particularmente de los pobres- donde reside la verdadera eficacia de la enseñanza social de la Iglesia: que el Espíritu nos ilumine y todo el trabajo de esta Semana Social contribuya a esta conversión.